

Publicado en la memoria del
Congreso de Budapest - 1982 -

LAS IDEAS DE BORGES Y SU SENTIDO

RODOLFO A. BORELLO

La enorme bibliografía sobre Borges muestra muy pocos estudios dedicados al análisis de sus ideas¹. Y eso es lo que persiguen estas limitadas páginas: acotar algunas de sus ideas esenciales y situarlas primero en una corriente histórica y después examinarlas en su entramado interno. Su autor tiene plena conciencia de la enormidad de la tarea y de los cortos medios para realizarla.

Situado en una perspectiva histórica, Borges representa una etapa dentro de un complejo proceso que comienza con el Manierismo y alcanza en nuestro siglo sus últimos límites². Y ésta es la razón del inmenso atractivo que la obra borgiana ha ejercido sobre numerosos escritores y pensadores contemporáneos. Esas ideas tocan y plantean algunos de los más acuciosos problemas filosóficos de nuestro tiempo, y nacen de una situación existencial que es típica dentro del clima histórico del siglo veinte. Borges ha intentado una respuesta posible a la angustiante alienación del hombre contemporáneo, que vive su falta de raíces como una condena intolerable. Y cuando hablamos de alienación nos referimos no solamente a lo que Marx englobaba en esta denominación, sino también a lo que Hegel, Simmel y Weber han definido como la reificación del hombre, su conversión de sujeto en objeto, su falta de relación con el mundo y la sociedad, su carencia de una concepción totalitaria y unificante del mundo, su pérdida de una cobertura teológica, social y cultural común.

¿Qué propone Borges? Una negación absoluta del Mundo. Situado frente a ese mundo que es una intemperie, el hombre que habla en la obra de Borges se refugia en su interior,

Memoria de XX Congreso
del Inst. Internacional de
Literatura Hispánica
Budapest: Spanish Dept.
Cortés Joaquín

busca en su universo narcisista el refugio, el amparo que no encuentra en el entramado de ideas de su siglo. Hay, en la postura de Borges, una aparente coherencia. El mundo en torno es un Caos, sin sentido ni explicación racional posible. Nuestras concepciones de ese mundo son un conjunto de palabras (flatus voci) que nada tienen que ver con ese Mundo. Las distintas filosofías, las religiones, aun las ciencias, son vanas construcciones que poco tienen que ver con la Realidad. Ni la comprenden, ni la alcanzan. Dios (o los dioses) son meras invenciones, forman parte de la literatura fantástica. Consuelos inútiles que el hombre ha inventado para ayudarse a vivir.

Todo se nos escapa; todo nos es ininteligible. Aun nuestra vida, lo más cercano a nosotros, está regida por poderes que nos ignoran, por decisiones que se nos escapan. El tiempo, como sucesión, es una ilusión, una mentira de los sentidos. Vivimos un eterno presente; una multitudinaria sucesión de sensaciones nos dan la creencia de la existencia del mundo. Pero ese mundo no existe; está allí gracias a su percepción (esse est percipi). En cuanto dejamos de percibirlo, desaparece.

Un ejemplo característico de esta alienación absoluta, de esta asombrosa negación del mundo, lo constituye la idea que del "eterno retorno" posee Borges. El suyo es un reiterarse sin regeneración del mundo, sin la repetición de una cosmogonía que, después de cada caída en el Caos primordial, instaura nuevamente, al recomenzar el ciclo, un Cosmos. A primera vista, Borges parece repetir la actitud del hombre primitivo (tan bien estudiada por Mircea Eliade) que rechaza la Historia, que niega el Tiempo cronológico. Pero hay, con respecto a este hombre, una diferencia básica. Cuando el hombre primitivo reiteraba los gestos arquetipales del Dios fundador y creador de su mundo, esa repetición suponía la afirmación de ese fundamento teológico. Pero el eterno retorno borgeano es puramente mecánico, está desprovisto de espesor religioso. Es un eterno retorno vaciado de sentido escatológico.

co, de toda referencia al Dios primordial. Los arquetipos son arquetipos gestuales (la exclamación de César al descubrir a Bruto entre sus asesinos, se repetirá muchos siglos más tarde en otro continente y en otro mundo), pero esa reiteración en ciclos espiralados no supone ni la afirmación arquetipal de un Ser esencial, ni la afirmación de la voluntad de la Naturaleza de que hablaba Nietzsche. La fascinación de Borges no es religiosa, es el asombro estético de ver cómo ese gesto se repite fuera de los deseos y la voluntad del hombre que lo ejecuta. Ese hombre es un muñeco, que "muere para que se repita una escena", no para injertar su vida en una cadena cíclica, que lo justifica y lo identifica con lo divino y lo inserta en una causalidad dada. Al contrario, ese gesto (así la crucifixión del protagonista de "El Evangelio según Marcos") se repite mecánicamente, y aun algo mucho más grave, ese gesto adquiere sentido porque repite otro, lejano en el tiempo y en el espacio, cargado de prestigio cultural e histórico. Difícil encontrar gestos de más repercusión en la memoria de Occidente que el del asesinato de César o el de la Crucifixión en el Gólgota. La muerte de ese hombre, de esos hombres, sólo tiene sentido unida a aquellas muertes históricas, no porque tengan algún significado por sí mismas. Esas muertes cíclicamente reiteradas sirven -en Borges- para probar exactamente lo opuesto que en la tradición primitiva. Allá, al rechazar el Tiempo y la Historia, se quería dar a esa existencia un sentido final, identificarla con los gestos del dios creador. Esa identificación les adjudicaba un sentido, un valor. En Borges es una forma de probar su falta de sentido, su ausencia de valor...

La ausencia de la historicidad, la negación de la irreversibilidad del Tiempo, no es sólo el rechazo de la Historia (y todo lo que ello supone, tan bien estudiado por Regalado). Lo que asombra es que la fascinación de Borges por estos procesos simétricos nace de su aspecto formal, de su circularidad misma. Es la figura del círculo, del ciclo redondo espiralado, lo que parece atraer la atención de nuestro au-

tor. Lo arquetípico no toma su sentido de su valor intrínseco, lo que seduce a Borges es su repetición, su identidad formal. Por debajo camina una afirmación aterradora: la falta de sentido del mundo, que supone la falta de sentido de la voluntad humana, de la acción humana, de la decisión humana. Más allá o más acá del hombre primitivo, Borges se sitúa en una dimensión absolutamente vacía de sentido.

Este hombre alienado, sin embargo, junto al rechazo de un mundo que le es incomprendible, junto a esta verdadera huida del mundo, siente la necesidad indomable, inevitable, de un consuelo secreto, de una afirmación de sentido. Situado en lo más alto de una alienación absoluta, este hombre que es Borges, que ha negado y huido del mundo, busca dentro de su propio interior, des-mitificado, des-religado, un sostén, un soporte que dé sentido a este terrible Caos que lo rodea³. Y aquí tocamos un extremo difícilmente comprobable. Nos referimos a un tono constante en todo texto borgiano (tono que ya está presente en su primer libro, a los 24 años de edad!), eco sostenido, melodía callada que puebla y se modula en todos los pasajes de su obra. Es como una música aludida, como una esfumada tonalidad que da a su obra toda, un específico temple de ánimo. Ese tono es el de una resignada tristeza, el de un callado estoicismo por detrás del cual se expresa lo que podríamos tipificar como la conciencia resignada de nuestras imposibilidades; y cuya manifestación más general es la de una sostenida nostalgia metafísica. Esta nostalgia es el deseo -irrealizable, conscientemente irrealizable- de erigir un universo con sentido, de habitar un mundo ordenado y fundado. Ya en 1923, en Fervor de Buenos Aires, está presente esta necesidad, esta urgencia, esta sed de fundamento que no encuentra consuelo ni modo de saciarse. ¿Por qué?

Porque a Borges le han sido vedadas las dos posibilidades concretas de una fe posible en nuestros días: la de la concepción cristiana del mundo; la de una concepción marxista del mundo. Ninguno de los dos extremos que ideológicamente se dan como posibles en nuestro siglo le han sido permi-

intrínse-
identidad
: la fal-
entido de
ión huma-
se sitúa

echazo de
verdadera
evitable,
o. Situa-
ombre que
dentro de
n sostén,
lo rodea.³
Nos refe-
(tono que
e edad!),
la en to-
ida, como
específico
tristeza,
e expresa
signada de
general
nostalgia
zable- de
ordenado
está pre-
undamento
qué?

sibilida-
la de la
n marxis-
ógicamen-
do permi-

tidos. Ni la Salvación teológica; ni la Utopía socialista. Pero como esa necesidad de afirmación está siempre presente, como se da como una carencia consciente y constante. Borges se sitúa en el mundo de la ambigüedad. La ambigüedad se convierte así en la nota característica de todo su conjunto de ideas. Es justo declarar, sin embargo, que no tenemos derecho a exigir de un escritor una concepción coherente y ordenada del mundo. Borges no es un filósofo; jamás ha querido serlo. Ha examinado con hondura algunos problemas concretos y sus respuestas lo sitúan, sin dudas, en una corriente definible dentro de la historia del pensamiento: el idealismo, el nominalismo y la teología negativa.

Pero examinadas con detenimiento, esas ideas suponen extremos a primera vista absolutamente contradictorios, una ambigüedad constante que no sólo afecta a lo filosófico, también invade sus contenidos argumentales (y las tramas correspondientes), sus medios expresivos (el oxímoron, por ejemplo, constante desde sus primeras páginas) y aun sus recursos lingüísticos. Una simplificación exagerada de su visión del mundo permitiría reducirla a estas postulaciones básicas: 1) el universo en que vivimos es un caos, incomprensible e inmanejable; 2) el mundo existe porque lo percibimos; 3) el lenguaje es un medio simbólico inventado por el hombre para erigir un universo-otro, que tal vez sea lo único auténticamente humano; ése es el contexto primero a través del cual el hombre cree ponerse en contacto con la realidad, pero el lenguaje poco o nada tiene que ver con las cosas que menta; 4) en ese lenguaje, la carga mayor es de la tradición, la de lo recibido como producto de la especie; en ese mundo recibido, hasta las metáforas básicas ya han sido expresadas; 5) el hombre no conoce su destino, tampoco es su dueño; cuando lo conoce, ese destino ha sido decidido por Alguien que no conocemos; 6) la historia no existe, es una sucesión irracional de actos semejantes que se repiten y repetirán eternamente, de modo circular: ineludiblemente, inexplicablemente, irracionalmente; 7) el tiempo no existe, es una ilusión humana; 8) no

hay identidad personal, un hombre es todos los hombres y cada hombre es la especie; por eso a todos los hombres -en un momento de su existencia- les ha sido dada la posibilidad de la creación (por eso leemos en el prólogo del primer libro ya citado):

Si en las siguientes páginas hay algún verso logrado, permíteme el lector el atrevimiento de haberlo compuesto yo antes que él. Todos somos unos; poco difieren nuestras naderías, y tanto influyen en las almas las circunstancias, que es casi una casualidad esto de ser tú el leyente y yo el escritor -el desconfiado y fervoroso escritor- de mis versos);

9) rechazo del Eros, del sexo y, por tanto, de la vida y de la mujer ("los espejos y la copulación son abominables...").

Borges propone una concepción huyente del mundo y de las miserias del hombre. Anterior a la religión y al Renacimiento Ni Cristo y el Paraíso: ni el socialismo y la Utopía. Ni pasado, ni futuro. Sólo un eterno presente irracional. Borges afirma una absoluta alienación del Tiempo, del Mundo y de la Religión (alienación de su tiempo y de su mundo, claro está).

Ahora bien, si uno se ha tomado el trabajo de recorrer toda su obra, descubrirá con asombro que esas ideas se sitúan en un entramado absolutamente ambiguo. Porque junto a ellas, Borges ha afirmado en ciertos extremos poco frecuentados de sus escritos, la contraparte de esas ideas: sus opuestos. Y esos opuestos manifestados como la confesión, la conciencia entristecida íntima, de que son más verdaderos que los arriba mencionados. Al final de Nueva refutación del tiempo leemos:

And yet, and yet ... Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino (a diferencia del infierno de Swedenborg y del infierno de la mitología tibetana) no es espan-

bres y ca-
res -en un
bilidad de
imer libro

logra-
haberlo
oco di-
las al-
ualidad
-el des
s);

vida y de
bles...").

mundo y de
al Renaci-
la Utopía.
cional. Bor
Mundo y de
claro es-

de recorrer
s se sitúan
to a ellas,
uentados de
opuestos. Y
conciencia
e los arri-
tiempo lee-

ral, ne-
n deses-
Nuestro
enberg y
s espan-

tosos por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges (Obras completas, Buenos Aires: Emecé Editores, 1974, p. 771).

Y lo mismo en un prólogo a las obras de Emerson:

nuestro destino es trágico porque somos, irremediabilmente, individuos, coartados por el tiempo y el espacio...

Las varias versiones de ese estremecedor poema titulado Límites son la expresión lírica de esta conciencia. En esta oposición evidente reside otra de esas coincidencias de opuestos que recorre todos los espacios de su obra. Y, para que se vea de qué manera esas oposiciones se sitúan a su vez en niveles distintos, apuntemos una posible explicación. Cuando Borges habla de "consuelos secretos", ¿debemos suponer que todo este andamiaje de ideas tienen sólo existencia en el plano de la subjetividad, mientras lo objetivo sabe que estas afirmaciones no pueden racionalmente aceptarse? Para decirlo en otras palabras. La totalidad de los enunciados de ideas borgianas se expresan así: negación del mundo y, a la vez, conciencia entristecida de la certitud de ese mundo; negación de la realidad a través de los conceptos, y conciencia de la irreductible realidad; negación intelectual del tiempo, y saber que ese tiempo está en nosotros, inevitable; negación de la identidad personal, pero saber que somos uno y estamos solos (Obras completas, p. 113).

Todo esto puede permitir acotar algo tal vez no visto con suficiente claridad, la existencia en su obra, de dos niveles distintos, indisolubles y constantes. Niveles que pueden notarse en su lírica, pero que están también presentes en la mayor parte de su labor en prosa; un nivel emotivo, y

un nivel intelectual. En el intelectual, se expresan las ideas canónicas, aquellas que se expresan en muchos de sus relatos. En el emotivo asoman las dudas, el otro extremo de esta visión escindida, fracturada del mundo y del hombre. Aquello que ya el mismo Borges denominó hace muchos años como "mi pensativo sentir"⁴. Pero estos niveles distintos, que conjugan opuestos polares, son la expresión formal de una fractura total e insoluble, que atraviesa como una línea fronteriza la totalidad de su obra. Y esta escisión podría expresarse así: conciencia racional de la irrealidad del mundo, y necesidad de afirmar una concepción totalitaria y protectora de ese mundo. Conciencia de la inhabitabilidad del Caos del universo, y hambre de sentirlo como Cosmos habitable y con sentido.

NOTAS

- 1 A. Regalado Jr., "Le refus de l'histoire", en el número especial de la revista L'Herne, París, 1964, pp.352-361. Jaime Rest, El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista, Buenos Aires: Fausto, 1976.
- 2 Hemos tenido en cuenta la admirable obra de Arnold Hauser, Mannerism. The crisis of Renaissance and the Origin of Modern Art, London: Routledge and Kegan Paul, vol.I, 1965, caps. VII y VIII.
- 3 Borges está más allá de lo que Georges Poulet denomina "el Círculo", en su rica obra Les Métamorphoses du Cercle, París: Flammarion, 1979, 2a. edición. Pero aun situado en una visión infinita del mundo y del tiempo (Alexandre Koyré, Du monde clos a l'universe infini, París: PUF, 1962), hay en toda su obra una búsqueda, una necesidad irreprimible de volver a ese mundo cerrado y concluso. Como vimos, su "eterno retorno", es el consuelo secreto -no cumplido, no fundado- por alcanzar la cobertura coherente de una visión del mundo irremisiblemente perdida. El círculo, la reiteración, la esfera, el Aleph, el Zahir, son formas estéticas, teológicas, históricas, de esta búsqueda de una visión ordenada del mundo (protectora y segura) que se sabe, se siente, como perdida para siempre.
- 4 En el prólogo de la primera edición de Fervor de Buenos Aires.